

creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron de las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: "¿No le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sábio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás cómo en alejándose de aquí algun poco se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que hé menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca." Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. "¡Santa María! dijo Sancho; ¿y qué es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca;" pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con qué limpiarse, y con qué curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldijose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar á su amo y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula. Levantóse en esto Don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes, asíó con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno, con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo además; y viéndole Don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: "Sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean

durables, y de aquí se sigue que, habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas.—¿Cómo no! respondió Sancho; por ventura, el que ayer mantearon, ¿era otro que el hijo de mi padre? y las alforjas que hoy me faltan, con todas mis alhajas, ¿son de otro que del mismo?—¿Qué! ¿te faltan las alforjas, Sancho? dijo Don Quijote.—Sí que me faltan, respondió Sancho.—Dese modo no tenemos qué comer hoy, replicó Don Quijote.—Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan malaventurados caballeros andantes como vuestra merced es.—Con todo eso, respondió Don Quijote, tomara yo ahora mas aína un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe *Dioscórides*, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y venté tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos.—Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante.—De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo Don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.—Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí y procuremos dónde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el hato y el garabato.—Pideselo tú á Dios, hijo, dijo Don Quijote, y guía tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atíentame con el dedo; y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor." Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: "¿Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte?—Cuatro, respondió Don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.—Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.—Digo cuatro, si no eran cinco, respondió Don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna.—Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.—Sin ventura yo! dijo Don Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba; que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca